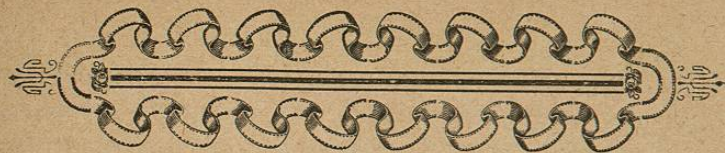


moribundo nos dió á luz por medio de su Corazón sagrado, abierto por nuestro amor (1).»

¿Cuáles eran, pues, estos mil pequeños pensamientos que había tenido por la noche San Francisco de Sales, y que quería confiar á la Madre Chantal? Dando el 10 de Junio de 1610, es decir, casi un siglo antes de la aparición de Nuestro Señor á la Beata Margarita María, un corazón coronado de espinas con una cruz encima por armas á su naciente instituto, ¿no cedía San Francisco de Sales á un presentimiento sublime? ¿Había tenido, tal vez, en esta bienaventurada noche, sobre la cual tenemos tan pocos pormenores, la revelación del grande acontecimiento, que debía dar un siglo después tan dulce y suave brillo á la Orden de la Visitación? O bien, Dios que quería dar á un siglo lleno de odios y de ruinas la tierna devoción á su Corazón sagrado como un consuelo y una esperanza, ¿escogió á este efecto á la Visitación, para recompensarla el haber tomado por armas desde su cuna este corazón coronado de espinas, y haber, digámoslo así, como dado la primera pincelada de esta hermosa devoción?

(1) *Cartas inéditas*, 10 de Junio de 1611.



CAPÍTULO XIV

La casita de la Galería.

1611—1612

HASTA ahora San Francisco de Sales no se había ocupado más que en preparar á sus tres primeras hijas para la vida religiosa. Pero ya que habían hecho su profesión, era menester dar principio á organizar el Instituto, encaminándole decididamente á su objeto, trazándole las reglas y constituciones por las cuales debía regirse. El año que acababa de concluir, en nada había hecho cambiar las disposiciones generales del Santo Obispo. Se proponía siempre acoger á las personas piadosas, cuya débil salud no las permitía entrar en las Carmelitas, Dominicas y Clarisas, consagradas á las austeridades corporales; reunir las y darles Constituciones dulces en relación con la delicadeza de su temperamento, aplicándolas á servir á los enfermos. Su primer cuidado, en consecuencia, fué hacer cesar la clausura absoluta que había establecido para el año de noviciado, y arreglar el modo con que se debía visitar á los pobres y enfermos, fin decidido del Instituto. Pero como la comunidad era aún tan poco numerosa, que sólo se componía de tres profesas, resolvió que el servicio de los pobres no principiara hasta el 1.º de Enero de 1612, y así contaban con siete meses

de tiempo para aumentar el número de religiosas y componer las primeras reglas. San Francisco de Sales quiso ocuparse inmediatamente en resolver este último punto, y cuatro días después de la profesión de sus hijas (10 de Junio) fué por la tarde al monasterio, y habiéndose sentado muy cerca de la puerta que daba al jardín, con D. Miguel, su secretario, que le acompañaba siempre, y sentadas las Hermanas en el suelo á su alrededor, las dijo: «Queridas hijas mías, ahora que se aumenta nuestro número, es tiempo ya de arreglar nuestros negocios; primeramente nos levantaremos á las cinco de la mañana. En cuanto á mí y á mi Hermana Ana Jacobina Coste—añadió sonriéndose,—esto nos será fácil, porque somos de aldea.» Después arregló todo el orden de los ejercicios, tal y como se practica hoy. Cuando se habló de la comida y cena: «Padre mío—dijo la Madre de Chantal,—¿qué haremos los días de ayuno? Las Carmelitas no comen más que una onza de pan á la colación en los ayunos de la Iglesia, y cuatro en los de Regla. — ¡Oh, hija mía! — respondió el Santo—nosotros recibimos á las enfermas, y será menester que nos quedemos en el medio; cenaremos tres onzas de pan con un poco de fruta.» Explicado este artículo del Reglamento, y no preguntando nada más las Hermanas, el Santo pasó á otra cosa: «Hijas mías—les dijo,—es menester respetarnos mucho unas á otras. Sé que los Padres Jesuitas, si se encuentran cien veces al día, cien veces se quitan el bonete, y nosotros nos haremos la inclinación de cabeza siempre que nos encontremos. Y para que todas nuestras obras tengan un carácter religioso, en lugar de hacer la cortesía á los seculares, haréis la inclinación. ¿No es verdad, queridas hijas mías, que estará esto muy bien?—Sí, ilustrísimo señor;—dijeron todas las religiosas, excepto la Madre Favre que guardó silencio, algo contrariada en este último punto.

»Ha pasado por aquí—continuó el Santo Obispo—un religioso Fuldense, que me ha dicho hay religiosas en Italia tan apegadas á sus rosarios, estampas, cruces, etcétera, etc., que muchas preferirían salir de su convento antes que dejarlas. Por lo cual he pensado, queridas hijas mías, que sería bueno cambiar de cuando en cuando estas cosas, para no apegarnos más que á Dios. Haremos, pues, este cambio el último día del año, cuando saquemos los Santos Protectores.

— «Padre mío—dijo la Madre de Brechard,—¿de qué modo se hará el cambio de nuestras cruces y rosarios?

— »Tomaréis vuestras cruces—respondió el Santo,—rosarios, estampas y cuanto haya que cambiar, y haréis un montoncito, y encima un papelito en que estará escrito el nombre del Santo, y luego sacaréis la suerte para que no haya preeminencia ninguna. Pero mejor es esto. Mirad—dijo después de un momento de silencio,—tengo mucha repugnancia á lo que sucede en algunos conventos, en que se dice á las religiosas: la señora antigua, la señora electa, la señora esto, la señora estotro. Así, nada de preeminencia, ni tampoco de antigüedad entre nosotros, que somos todos muy pequeños. Pondréis el número 1 al primer montón, 2 al segundo, 3 al tercero, y sacaréis la suerte. Así viviremos perfectamente desasidos de todas las cosas. ¿No es verdad, hijas mías?»

Dicho esto, se levantó, las dió su bendición y se retiró.

Otro día, la Madre de Chantal, con todas las Hermanas, incluso las novicias, bajaron con él al jardín de la fuente. Se le trajo una silla debajo del emparrado, y las Hermanas se sentaron á su alrededor.

«Ilmo. Señor—dijo la Madre de Chantal,—decidnos, os suplico, algo de lo que es la afabilidad.»

Todas las Hermanas se acercaron más al Santo Obispo. Se le había colocado sobre buen terreno, y ya

empezaba á explicar esta amable virtud y decir cuánto se necesita hacerse todo para todos, cuando un trueno y grandes gotas de agua le obligaron, como también á las Hermanas, á levantarse y volver á la casa. Se retiró á la galería para esperar que pasase la tormenta, que crecía por minutos. Las Hermanas, y sobre todo las novicias, tenían mucho miedo; y paseándose de arriba á abajo con el Santo Obispo, se santiguaban, haciendo grandes cruces sobre sí mismas á cada trueno que daba.

— Señor Ilmo., — dijo una Hermana joven (María Margarita Milletot), — tengo mucho miedo.

— ¡Oh hija mía! — replicó el Santo sonriéndose, — no temáis nada. El trueno sólo mata á los Santos ó á los grandes pecadores, y vos no sois ni uno ni otro.

Seguía la tempestad, y las Hermanas se pusieron de rodillas para rezar con el Sr. D. Miguel Favre, y el Santo continuó su paseo. Cuando se serenó el tiempo, la Madre de Chantal dijo:

— Ilmo. Señor y padre mio; dadnos á cada una, una virtud que practicar con más fervor.

— Con mucho gusto Madre mía — respondió, — y principiaré por vos.

Las Hermanas se retiraron á un lado, y llamándolas unas después de otras, paseándose siempre, las daba en secreto su práctica: pero después que se fué, se lo comunicaron unas á otras. A la Madre de Chantal, tan vehemente por carácter, había dado por práctica la indiferencia y la muerte de la voluntad en Dios. A la Hermana Favre, cuya imaginación era tan viva, la presencia de Dios. A la Hermana Arechard, atormentada con penas interiores, la resignación á la voluntad de Dios. A la Hermana Claudia Francisca Roget, que era impresionable como todas las personas enfermas del pecho, la modestia y la tranquilidad. A la Hermana de Chatel, el amor de su abyección. A la Hermana María Margarita Milletot, que era portera, la mortificación de los

sentidos. A la Hermana Fichet, la afabilidad. A la Hermana Thiolier, la humildad interior. A la jovencita Hermana Claudia Inés de la Roche, que aún no se había desembarazado de sus modales mundanos, la humildad exterior. A la Hermana María Amada de Blonay, que acababa de llegar, y cuyo corazón sangraba aún con los sacrificios que debió hacer, el olvido del mundo y de los parientes. En fin, á la Hermana Marta Legros, que era la última que había entrado, la mortificación de las pasiones. Después de esto dijo el Santo á todas unas palabritas para animarlas, y habiendo mejorado el tiempo, se retiró.

Estas amables visitas se renovaban muy á menudo. San Francisco de Sales iba casi todos los días á decir Misa. Una vez que se había perdido la llave del coro, subió sin decir nada á la gran galería, se puso de rodillas cerca de la cuarta ventana, que era la más próxima al altar, y rezó sus acostumbradas oraciones de preparación para la Misa. Cuando se acabaron, viendo que aún no parecía la llave, se paseó de arriba á abajo haciendo oración. Las Hermanas iban por devoción á mirarle por las rendijas de la puerta, admirando su humildad, su modestia y su inalterable dulzura.

Después de la Misa se quedaba ordinariamente algún tiempo en la casa, para dar cuenta á las Hermanas de su interior, é instruir las en la vida espiritual; hablaba con ellas de cuanto era conveniente para el bien del Instituto naciente, ya paseándose en la galería, ya sentado en la alameda del jardín, siempre amable, alegre, provocando preguntas de las Hermanas, y respondiendo á ellas con la exactitud y oportunidad de doctrina y suavidad de maneras que se le observaba siempre.

«Mirad, Hermanas mías — decía un día, — es menester ser muy prontas para obedecer, y decir á Dios sinceramente: Señor, ¿qué queréis que haga?» y no parecemos á esos religiosos, de quien cuenta San Bernar-

do, que era preciso decirles: «Hermano mío, ¿qué os acomodará hacer?» Y preguntándole una Hermana cómo debería una portarse si la Superiora mandase alguna cosa contraria á las leyes de la Iglesia, respondió que no se la debía obedecer; como si la Superiora, por ejemplo, dijese á una Hermana: «Id al jardín á cojerme flores, y para ir más pronto, tiraos por la ventana.» Era menester responderla con suavidad y respeto: «Iré al instante por la escalera, si gustáis, Madre mía.»

En estas amables conversaciones todo el mundo tomaba la palabra. Las Hermanas más jóvenes, las novicias, y aun las torneras, animadas por la afectuosa dulzura del Santo, le proponían mil cuestiones, casi imprudentes alguna vez.

—Ilmo. Señor—le dijo un día una Hermana tornera,—llevais los ojos demasiado bajos por la ciudad.

—¡Ay! hija mía—respondió vivamente el Santo,—y sin esto, ¿cómo se podría andar en la presencia de Dios?—Ilmo. Señor y padre mío—le dijo una Hermana interrumpiéndole en una conversación,—¿estáis en la presencia de Dios?

—¿Os parece—respondió riendo—que sólo vosotras estáis en la presencia de Dios? ¿No está en todas partes? Y ¿no se debe pensar en El sin cesar?

Los menores acontecimientos de la Comunidad, esos mil pequeños nada que cada día se presentan en la vida, le inspiraban una porción de dichos oportunos, de observaciones discretas y de sabias prohibiciones, que las Hermanas anotaban cuidadosamente; y así es como, sin previsiones adelantadas, sin sistema de ninguna especie, se iban elaborando poco á poco, y de una manera práctica, las Constituciones por las cuales se debía regir un día el Instituto. Por ejemplo, una vez la Hermana María Petra Chatel, con deseo de mortificarse, comió una manzana agusanada, y las Hermanas la embromaron agradablemente en la recreación. El San-

to, que lo supo, mandó que de allí en adelante tuvieran las Hermanas los ojos bajos en el refectorio, á fin de que todas pudiesen y tuviesen libertad para mortificarse sin que se conociese. Otra vez la Madre de Brechard, que oficiaba, no había tomado el libro de las *Horas* para cantar los *Oremus*, y cuando llegó al *Per eumdem Christum* la faltó de repente la memoria, lo cual causó un poco de risa á las Hermanas. Habiéndolo sabido el Santo, mandó que la oficiante no dijese nunca nada de memoria, y tomó nota de ello para ponerlo en las Constituciones. Otra vez también trajeron á la señorita Francisca de Chantal, á quien nuestra Santa educaba á su lado, un pajarito, con que se divertían un poco las novicias, así como con una ardillita que la joven Baronesa de Thorens había regalado á su hermana. San Francisco de Sales, cuando lo supo dijo: «Dejadme hacer, que yo lo arreglaré muy bien;» y al momento puso en las Constituciones la formal prohibición de que no entrase en el monasterio ningún pájaro ni animal que sirviese de recreación. No acabaríamos si quisiéramos contar todas estas mil escenas, tan llenas de sencillez y gracia, en que se ve al Santo, sin temer rebajarse, entrar en los menores detalles, notar las más pequeñas faltas, la omisión de un acento en el canto del Oficio, una inclinación mal hecha al entrar en la capilla, observar con delicadeza los defectos de las Hermanas, y animarlas para que se levantasen, cuando caían en una falta, con ternura, pero con firmeza, y siempre de un modo delicado y amable, que instruía sin herir, sirviéndose de todo para excitar á las Hermanas á la devoción, y para componer y arreglar para siempre las Constituciones de su Instituto (1).

(1) Ya he dicho, pero no estará demás el repetirlo, que no invento nada; que no hago otra cosa que copiar lo que dicen los manuscritos contemporáneos inéditos hasta ahora, y conservados cuidadosamente en los Archivos de Annecy.

Bajo una dirección semejante, sabia y fuerte á la vez, se podrá conjeturar lo que deberían llegar á ser unas almas como las de la Madre de Chantal, de Brechard, Favre y las otras, tan fervorosas en el servicio de Dios. La pobreza era extremada; el alimento grosero é insuficiente; la ropa enteramente gastada y mala; sin fuego en el invierno; á menudo sin medicinas cuando estaban enfermas; y no obstante no se oía una queja, á pesar de haberse criado todas en las riquezas y comodidades. Se veía brillar en medio de esta desnudez una paz admirable, una serenidad y alegría que nada interrumpía. Un día, por ejemplo, martes de Carnaval, en el momento en que iban á comer, vieron que una pera y un poco de pan era lo único que tenían, y partiendo la pera en ocho pedazos, que era el número de religiosas que había, comieron con más gusto que nunca.

Otro día que hacía mucho frío, como no tenían lumbre, porque nunca se encendía para calentarse, todas tuvieron muchos dolores en los pies y las manos, tanto que la Madre Favre tuvo que quedarse en cama; pero San Francisco de Sales, lejos de manifestarles compasión por sus padecimientos, procuraba por todos los medios posibles enseñar á sus hijas á despreciarlos. Habiendo visto por casualidad á la Madre Fichet con las manos envueltas en un mal pedazo de paño negro, porque las tenía muy hinchadas con el frío: «Hija mía—le dijo,—¿conque lleváis manguito? Yo no los llevo, y sin embargo, mirad mis manos.» No fué menester más para que la Madre Fichet tirase su pedazo de paño, y nunca consintió después cubrirse las manos, aunque se le abriesen con el frío.

Todas llevaban cilicios, cinturones y cadenillas de hierro, que cambiaban todos los años con las cruces y rosarios. Muchas veces tomaban la disciplina con ortigas, y se daban á grandes austeridades. Hasta la niña Francisca de Chantal quería participar de estas mortifi-

ficaciones. «Padeciendo tercianas, esperaba el día en que no la tocaba el acceso, y mandaba á escondidas á su doncella que la trajese ortigas para tomar su disciplina.»

Dios recompensaba la virtud de estas almas generosas con oraciones extraordinarias. Casi todas las hermanas habían llegado á los más altos grados de unión con Dios. Se vió á muchas salir de la oración fuera de sí mismas, y como arrobadas en Dios. La Madre de Brechard salió un día del coro, y sin poderlo remediar iba gritando: «No soy nada, no puedo nada, ni valgo nada;» y con este transporte fué á tocar al cuarto de hora antes de cenar, con la campana grande en lugar de hacerlo con la de los ejercicios.

En la recreación misma estaban tan inflamadas y fervorosas, que si llegaba á pronunciar el nombre de Dios, les daban éxtasis y arrobos; siendo esto tan frecuente, que San Francisco de Sales tuvo que mandarlas hablasen de cosas indiferentes en la recreación, por miedo de que esta aplicación constante hiciese daño á su salud.

Pero un temor más grande preocupaba á la santa Fundadora, y la inspiró un ruego admirable. Viendo que estos grandes favores daban mucha admiración al mundo, «me sentí—escribe la Santa algún tiempo después—impulsada á rogar á Dios nos mantuviese en nuestra pequeñez, teniendo noche y día en el espíritu estas palabras: *Vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios*. Rumiaba yo estas palabras con gran fervor de corazón, y habiéndolo comunicado á nuestro bienaventurado Padre, y por orden suya, á nuestro Padre Jacobo de Bonnival, jesuíta, todo lo que sentía sobre esto, y el impulso que me llevaba á instar muy particularmente á Dios Padre, á fin de que fuese su beneplácito esconder nuestra vida con Jesucristo su Hijo crucificado, les pareció bien á uno y á otro, y los dos dijeron

la Misa con esta intención. Yo comulgé en la de nuestro bienaventurado Padre, y di gracias mientras decía la suya el Rdo. P. Bonnival. Cuando este siervo de Dios comulgaba, tuve una luz interior muy grande, y una certeza admirable de que nuestra súplica era agradable á Dios, y que su divina bondad concedía á este querido Instituto un gran don de vida interior, oculta y amorosamente paciente con Jesucristo; y que su inmensa bondad y liberalidad nada disminuiría de las gracias preparadas á las almas que le fuesen fieles en esta pequeña congregación; pero que serían, á imitación de las gracias concedidas al Hijo de Dios, aunque proporcionadas á nuestra nada, ocultas en Dios, dejando su manifestación para la eternidad; y que si en algunas almas se dejaban ver algunas maravillas, sería como un homenaje y en unión de la transfiguración y de las obras milagrosas de nuestro Salvador Jesús. Lo que me consoló extremadamente fué que nuestro bienaventurado Padre, el Rdo. P. Bonnival y yo, todos tres tuvimos los mismos sentimientos; de esto dedujimos que Dios quería que las Hijas de esta Congregación fuesen las admiradoras é imitadoras de la humildad de su divino Hijo y de su vida perfecta, interiormente toda oculta en Dios y enteramente común delante de los hombres; por todo lo cual dimos infinitas gracias á su dulce bondad.»

La humildad igualaba al amor en estas almas admirables. Tenían entre sí un noble y perpetuo empeño de ver quién se humillaría más profundamente, y quién podría ensalzar más á las otras para ponerse más fácilmente á sus pies. De esto nacía el que, cuando una Hermana no estaba en la recreación, las otras decían á la Santa Madre: «Madre mía, decidnos algo de las virtudes de la Madre Fulana.» Y la recreación se pasaba felizmente en el ejercicio difícil de oír hablar bien de los demás.

La santa Madre de Chantal daba ejemplo de todo;

ni su edad, ni su título de Superiora y fundadora le parecían motivo suficiente para dispensarse de los oficios más bajos y repugnantes; servía por su turno en el refectorio, barría las escaleras, y preparaba y hacía la comida. La semana en que le tocaba hacer á sus Hermanas estos humildes servicios, era para ella la semana mejor, y prevenía por adelantado los negocios que podrían ocurrir, «á fin—decía—de que no me estorben, si es posible, de cumplir con mi buena semana.»

Como se necesitaba muy á menudo leche para dar á las hijas de los pobres, se había comprado una vaca, y para que no echase á perder los arbolitos del cercado, tenían precisión las Hermanas de guardarla por turno. La Santa Madre no dejaba nunca de ir cuando la tocaba; y era cosa digna de admiración el ver con qué modestia y santa alegría cumplía con este humilde oficio.

En este tiempo supo la Madre de Chantal una terrible noticia. Su padre murió el 11 de Agosto de 1611, de edad de setenta y tres años. «Hija mía—le dijo un día San Francisco de Sales, después de la Misa;—Dios quiere ser vuestro único padre, porque ha llevado para sí al que os había dado sobre la tierra. Perdéis un buen padre, yo pierdo un buen amigo; pero Dios lo ha querido, y es cuanto se puede decir.» La Madre de Chantal, que había querido siempre á su padre muy tiernamente, sintió un extremado dolor, templado, no obstante, con los consoladores pormenores que le comunicó San Francisco de Sales. El Sr. de Fremiot había muerto como verdadero y generoso cristiano, según había vivido; lleno de fe, había tenido el valor de confesarse por última vez con su propio hijo el Arzobispo de Bourges, y recibió de sus manos el santo Viático. Su muerte fué sentida por todos los hombres de bien.

La santa Madre de Chantal sintió con esta pérdida dolorosa que se abría de nuevo la llaga del corazón de que he hablado antes, y que siempre sangraba. «¿No